

Séptimo Domingo de Pascua (Mayo 24, 2020)

Year A RCL

Hechos 1:6–14; Salmo 68:1–10, 33–36; 1 San Pedro 4:12–14; 5:6–11

San Juan 17:1–11

“Esta es la Vida Eterna”

Por el Padre Fabian Villalobos

El Evangelio de hoy continúa haciendo evidente cómo Jesús es consciente de nuestros temores y necesidades humanas. Mientras se despide de sus discípulos en el "discurso de despedida" ora por ellos y también por nosotros. Esta oración viene como un testimonio de cuánto Jesús se preocupa por los seres humanos, mostrando también la solidaridad y la compasión de Dios.

Litúrgicamente, estamos en tiempo de transición entre Ascensión y Pentecostés. Jesús dejó en claro que ha llegado la hora de que sea glorificado y que regrese al Padre. El tiempo de Jesús en la tierra como nuestro tiempo sigue el diseño que el Padre prepara para cada vida humana. En la primera lección, escuchamos a los discípulos preguntarle a Jesús cuándo iba a restaurar el reino de Israel, Jesús declara: " No les corresponde a ustedes conocer el día o el momento que el Padre ha fijado con su propia autoridad".

Solo Dios conoce nuestra hora, y aunque el tiempo humano es transitorio y breve, el tiempo divino es perfección y una expresión de la totalidad de Dios. Existen diferentes estudios y encuestas que muestran cómo los estadounidenses pasan su tiempo, y no sorprende que pasen gran parte del tiempo entre el trabajo, el sueño, la televisión, las actividades domésticas y la participación en eventos deportivos o de ocio. Esta rutina no es necesariamente un mal informe, sin embargo, muestra cómo la vida puede ser mecánica y controlada.

En la regularidad de la estructura y la administración de nuestro tiempo y horarios, hay poco o ningún espacio para tolerar fácilmente los factores externos. Y si estos factores traen mucha intensidad y presión, nuestro tiempo está fuera de control y toda nuestra vida parece estar fuera de control.

Uno de los principios de la vida cristiana recomienda que todas las personas tengan tiempo para cultivar su relación con Dios. La tradición cristiana enseña que durante un tiempo específico en el transcurso del día, el creyente está llamado a hacer espacio para Dios. En la mañana, mediodía, tarde, o noche, estamos llamados a detener nuestras acciones para orar. Es en este tiempo de oración que nuestro tiempo ordinario se convierte en una realidad divina.

Jesús mismo experimenta un profundo compromiso a través de la oración con el Padre hasta el punto de mencionar que los dos son uno solo. Jesús ora por los discípulos porque sabe que necesitan protección, especialmente viviendo en el mundo. El mundo en el Evangelio de Juan muestra la tensión entre la bella realidad creada por Dios; y también, el lugar donde reina el mal y la muerte está presente.

“Yo no voy a seguir en el mundo, pero ellos sí van a seguir en el mundo, mientras que yo me voy para estar contigo. Padre santo, cuídalos con el poder de tu nombre.”

Jesús ora al Padre por nosotros. Su amor es concreto en esta petición de protección. Él quiere que estemos a salvo, que tengamos la fuerza para soportar todas las amenazas y pruebas que encontramos en el mundo. La protección del Padre garantiza que nunca estamos solos, que aquellos que le pertenecen están cubiertos por su misericordia y gracia.

Antes de pedir por nuestra protección, la oración que hizo Jesús revela la idea de gloria con su partida. Contrariamente a la "gloria humana", el tiempo de gloria de Jesús y la hora de Jesús incluye el amor extremo hasta el final, donde Jesús deja este mundo, para morir y para ofrecer su vida por todos. La gloria es comunión con Dios y morir a nuestros propios deseos. Al leer el evangelio de

Juan, la gloria de Jesús se encuentra en el prólogo y está relacionada con la Encarnación.

“La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros. Hemos visto su gloria, la gloria del único Hijo, que vino del Padre, lleno de gracia y verdad ". Juan 1:14

La gloria de Dios es visible en el cuerpo de Jesús desde el momento en que se hizo carne. Creo que esto es lo mismo para la iglesia; la gente puede ver la gloria de Dios en la comunión de los creyentes, cada vez que trabajamos, nos amamos, aceptamos y ayudamos mutuamente, la gloria de Dios se hace carne en nosotros. Cada vez que una persona trabaja deliberadamente por su propio interés, se niega la gloria de Dios y se interrumpe la comunión con él.

Cuando Jesús está listo para regresar al Padre, ora por sus amigos que quedan en el mundo. Jesús expresa que tener conocimiento del Padre es vida eterna. A diferencia del momento transitorio de la vida humana, la vida eterna que Dios ofrece es una realidad que vale todos nuestros esfuerzos. Observe que este conocimiento más que conceptos abstractos es participación y experiencia; El conocimiento incluye obediencia y sumisión.

Al igual que la gloria se vuelve real cuando la comunidad trabaja intencionalmente con el mismo propósito en mente, el conocimiento de Dios el Padre y Dios el Hijo es posible cuando abrimos nuestros horarios agitados y egoístas al misterio y la contemplación de la presencia de Dios a nuestro alrededor. Conocer a Dios es estar en relación con Él, lo eterno está presente ahora en las circunstancias de nuestras vidas.

Cuando reflexionamos sobre la vida, descubrimos que toda la existencia humana es un tiempo de transición, una serie de etapas, momentos e instantes en los que estamos limitados a la continuidad de las actividades. La vida eterna que Jesús muestra en el Padre es algo mucho más profundo que cualquier otra experiencia humana. Los invito a ver con una visión clara y positiva, la transición y la adversidad del viaje de la vida, solo entonces aprenderán a apreciar y desear la invitación a conocer a Dios el Padre y a Cristo Jesús, y a trabajar para alcanzar la vida eterna. Amén.